

## MEMORIA Y FICCIÓN

FRANÇOISE DUBOSQUET LAIRYS

francoise.dubosquet@univ-rennes2.fr

UNIVERSITE RENNES 2. FRANCIA

**Resumen:** Este artículo propone una reflexión sobre el estrecho vínculo entre memoria e historia en el marco de una España afectada por el trauma que supone la Guerra Civil y la larga dictadura franquista. En este trabajo de reconstrucción del pasado notamos la importancia de la labor de los historiadores, como la irrupción de varios géneros de memoria(s) y la aportación de la ficción en este proceso de recuperación. La literatura da a estos acontecimientos una dimensión humana que permite recobrar el pasado y empezar a curar una herida que se hereda de una generación a otra.

**Palabras clave:** España XX-XXI, Historia, Memoria, Ficción.

**Abstract:** This article proposes a reflection on the close link between memory and history in Spain, a country marked by the trauma of the Spanish war and the long Francoist dictatorship. In this work of reconstruction of the past, we notice the importance of the historian work such as the upsurge/sudden burst of different types of memories and the contribution of fiction in this recovery process. Literature gives to events a human dimension which allows to recover the past and to start to heal a wound inherited from generations to generations.

**Keywords:** Spain XX-XXI, History, Memories, Fiction.

Je reste troublé par l'inquiétant spectacle que donnent le trop de mémoire ici,  
le trop d'oubli ailleurs, pour ne rien dire de l'influence des commémorations et  
des abus de mémoire et d'oubli.  
L'idée d'une politique de la juste mémoire est  
à cet égard un de mes thèmes civiques avoués.  
Paul Ricoeur<sup>1</sup>

A lo largo de mis investigaciones sobre memoria e identidad en la España contemporánea, en el marco de ERIMIT (Equipe de recherche interlangues: Mémoires, Identités, Territoires), siempre me ha llamado la atención la tensa relación que existe entre los conceptos «memoria» e «historia» y la asociación de estas dos palabras como «memoria histórica», que podría considerarse como oxímoron. Sin embargo, como filólogos sabemos que las palabras son espejos e invitan a menudo a un viaje al alma de una cultura o una sociedad. Dedicaré mi reflexión, en este espacio que me han ofrecido los responsables de la revista *Cuadernos de Aleph*, a quienes quisiera agradecer el honor de abrir este volumen, a una problemática que me sigue acompañando a lo largo de estos últimos años, la relación entre «memoria» e «historia» y, más allá, la transmisión intergeneracional de un pasado traumático que se puede percibir tanto a través de la abundante literatura sobre la Guerra Civil y el franquismo como sobre una supuesta transición amnésica escrita por los que llamaremos los herederos de la memoria.

### Un pasado candente, una herida abierta

Cuando evocamos hoy día el pasado, se imponen dos ejemplos que me parecen significativos de la omnipresencia de violencia heredada. El primero es un dibujo de El Roto (Andrés Rábago) publicado en *El País* del 24 de abril de 2010, en el que aparece el retrato de un joven herido de bala en el hombro, con esta leyenda:

—Tengo una herida de guerra que no me cicatriza  
—¡Pero si tú no estuviste en una guerra!  
—Bueno, es que la heredé de un antepasado

El segundo es un título de una entrevista al escritor mexicano de origen catalán Jordi Soler que dice: «Los nietos de la guerra también somos mutilados» (*El País*, 10/06/2005).

Han pasado ochenta años desde el final del enfrentamiento bélico español, casi 45 años desde la muerte del dictador y la vuelta a la democracia, pero las heridas quedan intactas,

---

<sup>1</sup> RICOEUR, Paul (2000): *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris, Seuil, p. 1.

Françoise Dubosquet Lairys (2020): «Memoria y ficción», *Cuadernos de Aleph*, 12, pp. 6-23.

incluso se han convertido en una herencia pesada que se transmite de generación en generación, tanto si uno ha nacido en España como si es nieto del exilio. Esto revela que una parte de la historia española queda incompleta, truncada. Se han cerrado, tapado, perdido, caminos de la memoria sin poder examinarlos. Actualmente, cuando hojeamos los libros de historia o un álbum familiar en España, faltan páginas enteras, datos, nombres, destinos, seres. No creo que haya una sola familia en este país que no haya perdido a un miembro suyo por motivo del conflicto, del odio, de la disidencia a lo largo del siglo XX.

Con el paso del tiempo, la desaparición de los testigos directos, la urgencia de la memoria o, mejor dicho, en plural, de las memorias, se vuelve más aguda. Y vemos que los herederos de la memoria, y entre ellos los llamados «la generación de la inocencia» —término significativo, ya que supone que hubo una generación de la culpa—, luchan cada día para dar dignidad a los desaparecidos, a sus abuelos o antepasados: un recuerdo, una tumba, una placa o simplemente un intento por recobrar unos rasgos. Esa generación nacida entre 1950-60 es la última que puede relacionar el franquismo que ha vivido en su infancia y los recuerdos de la Guerra Civil recogidos de parte de sus abuelos cuando estos ya no se callaron. Y ellos son los últimos testigos directos de la dictadura.

La desmemoria —lo vemos en esa terrible enfermedad que puede ser el Alzheimer— es la inexistencia, la descomposición del *yo*, lo que hace de la memoria y de la identidad verdaderas hermanas siamesas. Y para entender lo que son hoy, los españoles necesitan saber de dónde vienen, recorrer las heridas. El olvido sería para ellos una verdadera renuncia a una exigencia ética. Lo que permite la memoria es crear este espacio para el recuerdo y darle un estatuto; salva el pasado del olvido y permite la transmisión. Y si somos optimistas, podemos tener la esperanza de que los errores del pasado podrán evitarse en el futuro o, siendo realistas, confiar en que el conocimiento pasado no hipoteque el porvenir.

En cirugía se suele hablar de *reducción de fractura*, una metáfora adecuada cuando tratamos de los miembros de una sociedad herida y fracturada. En psicoanálisis hablamos también de *reducción del trauma*. Para la cura se utiliza la palabra, se intenta poner palabras sobre el olvido, o más precisamente sobre lo que deseamos olvidar. Lo negado queda inacabado, incompleto, truncado y por lo tanto doloroso, hiriente, frustrante, problemático. Decir la ausencia es darle cuerpo en un universo simbólico que permite someterla a la ley, indagar la raíz del trauma y ponerlo a distancia, pensarlo, quitarle peso, reducirlo. Sin ningún tratamiento, sin este trabajo de duelo, de conciencia, nos arriesgamos a ver el trauma acentuarse, invadir nuestro más mínimo recoveco, volverse una obsesión, una ceguera.

Desde el golpe de estado en 1936 hasta ahora, España no ha podido superar el trauma que significaron una Guerra Civil y la larga represión de la dictadura, que machacaron a varias generaciones, porque la vuelta de la democracia y el consenso de la Constitución de 1978 no permitieron el trabajo de memoria, ni siquiera los ya cuarenta y cinco años de democracia. Este trabajo ya está en marcha, pero todavía no existe un relato histórico co-construido a base de archivos y datos, un relato que permita reunir los hilos cortados de la memoria colectiva, concebida como un conjunto de acontecimientos compartidos, base de toda cohesión social, piedra angular de la construcción de una comunidad. Sigue pesando la herencia que tienen que asumir las generaciones siguientes, aunque el olvido intenta borrarla con la complicidad del tiempo. Queda abierta la herida.

### **Del origen de las lagunas memorialísticas**

Empezaremos por una anécdota que cuenta Almudena Grandes cuando habla del origen de su creación. Un día, mientras estaba preparando la comida con su madre en la cocina, descubrió un artículo sobre una tal Josefina Baker, con una foto de la modelo mulata y monísima, pelo cortado a lo *garçon*, desnuda de cintura para arriba, aunque la censura le había añadido dos grandes estrellas en los pezones. Iba vestida con un taparrabos de plátanos. Al comentárselo a su madre, esta le revela que su abuela, señora decente, católica, apostólica y romana, y su abuelo, militar de carrera, fueron a ver a una mujer desnuda en un teatro de Madrid en los años 30. Un asunto absolutamente asombroso para una chica de doce años en el Madrid de Franco.

La generación a la que pertenece Almudena Grandes es la de los nietos de la guerra, educados bajo el franquismo, en una sociedad nacionalcatólica; una generación que va a vivir la transición y la vuelta de la libertad, los años de la Movida y el desencanto. Una generación que se siente mutilada de una parte de la historia, la que hoy día quiere saber lo que pasó, la que ilustra El Roto en su dibujo de *El País*:

Aquella tarde del 1972, en que mi madre me explicó quién era Josefina Baker, y de propina, sin pretenderlo siquiera, en qué clase de país había nacido, yo me sentí muy sola, a merced del asombro, una perplejidad que me dejó la espalda al descubierto. Como todos los niños descubren, ya sea de manera fortuita o como producto de una temeraria indagación, un secreto familiar, tuve la sensación de que nadie, nunca, había tenido que afrontar un desconcierto semejante. Y sin embargo, en aquellos mismos años, un poco antes, o un poco después, un número incalculable de españoles más o menos de mi edad, tuvieron que afrontar por su cuenta y riesgo, sin ninguna

preparación previa, revelaciones semejantes [...]. Porque las vidas —de los españoles de mi generación— empezaron a cambiar en el momento en que escucharon una conversación detrás de una puerta cerrada, desde que encontraron un mazo de cartas, o de fotos, en un cajón, o se atrevieron a preguntar sobre algo tan aparentemente inocente y desconectado de cualquier asunto tenebroso, como las fotos de una vieja *vedette* en una revista del corazón. Porque en muchos casos, el conocimiento disipó su asombro al precio de modificar su identidad, el concepto que poseían de sí mismos, de sus familias, de su país. Y porque fueron tantos, su metamorfosis tan profunda que, al cambiar el eje de sus vidas, trastocaron la atmósfera, la temperatura y el clima de España (Grandes, s/f: 23).

De repente Almudena Grandes se dio cuenta de que vivía en un país que suele calificar de «anormal», un país de secretos hirientes, al que le falta una gran parte de su pasado y herencia, en el que su abuela era mucho más moderna que su madre, mucho más libre. Esa memoria agujerada se vuelve elemento fundamental de su escritura y, como confiesa, de su generación, que va buscando sus raíces, un pasado incompleto para saber quiénes son, para intentar reanudar ese hilo de la transmisión segado: «La memoria no es sólo la pieza más importante del equipaje del escritor. Memoria es también el concepto clave de toda una generación, de toda una generación de españoles, mi propia generación» (Grandes, s/f: 23).

En su búsqueda, Almudena Grandes, como otros autores de la misma generación o de la siguiente, es un ejemplo emblemático de las consecuencias de un pasado silenciado. El trauma se heredó y se instaló en el inconsciente colectivo y la herida sin curar, en cierta forma, se infectó.

Después de casi cuarenta años de dictadura, Franco murió en su cama y su cuerpo descansó, hasta hace muy pocos meses, en el Valle de los Caídos, monumento nacional. La transformación del régimen se hizo bajo la tutela de un rey nombrado por él, en el marco de la ley franquista y a partir del aparato del Estado en un contexto de negociaciones pluripartidistas: ruptura pactada, consensual entre franquistas, demócrata-cristianos, PSOE, PCE y nacionalistas, bajo la dirección de Adolfo Suárez, cuyo pasado se relaciona con el falangismo, el Opus o el franquismo. Habría que esperar a la abdicación de Don Juan en 1977 y el 23F en 1981 para que este rey, Juan Carlos I, se volviera legítimo y aceptado por la mayoría del pueblo como garante de la nueva constitución, y quizás sea más justo hablar de *juancarlismo* que de monarquismo. Esta transformación desde arriba permitió la liberación de los prisioneros políticos e inició el paso a la democracia, pero aseguró la permanencia de un aparato judicial, policial y administrativo franquista, la impunidad de los asesinos y colaboradores del régimen por la Ley de Amnistía de 1977, bajo la mirada atenta e interesada de sus vecinos y de los EE.UU.

La transición «modélica», «pacífica», fue erigida en mito fundador de la «nueva España». Sin embargo, el modelo merece matices, ya que ignorar las violencias y los muertos sería negar el contexto peculiar en el que se hizo, como lo demuestran perfectamente estudios como, por ejemplo, *Le mythe de la transition pacifique* (2012), de la historiadora Sophie Baby. Un mito que todavía se suele oponer a otro, el de la locura colectiva de la Guerra Civil, base sobre la que se impuso el franquismo como una cruzada, una reconquista de la España imperial contra la republicana, al precio de una represión tremenda. El franquismo edificó su poder en un supuesto *cainismo* o esa incapacidad de convivencia que padecería el pueblo español. Y después de haber reprimido y depurado a las oposiciones, la dictadura impuso el silencio y el miedo, educó a las generaciones inculcándoles esa culpabilidad tan presente en el nacionalcatolicismo del «somos todos culpables» (aunque claro, unos más que otros). Después de la derrota de la República, los vencidos tuvieron que aguantar la humillación y la obligación de arrepentirse. Se modeló una generación de callados y culpables, padres y herederos, como lo recuerda el historiador Julio Pérez Serrano: «La guerra civil quedó instalada en la memoria de los españoles como el trauma necesario, como un aprendizaje cruel»; y añade: «las nuevas generaciones crecieron en el silencio de lo que había pasado; sus padres les legaron el duro aprendizaje del olvido» (Pérez Serrano, 2004: 62-63).

Lo que importa, como recuerda Barthes en *Mythologies* (1957), no es que el mito diga la verdad o no, sino el sistema de valores que transmite y que el pueblo o la sociedad hace suyos: la transición vuelta mito, su interpretación, se conoce de antemano y se vuelve una palabra despolitizada. La transición se volvió sinónimo de una España moderna, reconciliada, que recobra su dignidad, su dimensión europea e internacional, a cambio de callar u olvidar sus heridas y dolores. Sin embargo, bajo su imagen renovada e internacional, España no ha superado ni la guerra, ni los casi cuarenta años de dictadura. El traumatismo permanece, como permanecen todavía monumentos o calles en honor de los verdugos, un olvido imposible, como lo revelan el trabajo de las asociaciones civiles, los intentos del juez Garzón y, en cierta medida, el movimiento del 15M. En efecto, podemos ver en el movimiento de los Indignados un hito, una verdadera ruptura con la herencia económica y social del franquismo, una ruptura que no hizo la transición y la expresión de la cuarta generación, la que nació en democracia.

## Presencia del pasado en el presente

Como expone perfectamente François Godicheau en su artículo «Rendre étrange le passé récent: la discipline historique dans la tourmente mémorielle espagnole» (2013), en los años 90 pensábamos que la historia de la Guerra Civil había dejado de ser objeto de conflictos, que ya no era el blanco central de los historiadores. Historiadores como Casanova y Aróstegui se dedicaban e investigaban otros asuntos. Sin embargo, diez años más tarde, tuvieron que volver a ese tema. En efecto, el pasado no dejaba de imponerse al presente y, en las primeras décadas del siglo XXI, de manera más aguda con la puesta en tela de juicio de la transición por unas generaciones que no conocieron la realidad franquista de la represión y depuración.

La ausencia o, en el mejor de los casos, la escueta formación ofrecida por los programas de ESO, no concurren a colmar las lagunas del pasado. Se dedicó una atención poco detenida ya sea a la II República, ya a la Guerra Civil o incluso al franquismo desde la vuelta a la democracia, como ilustra Isaac Rosa. Confiesa que se enteró por primera vez de la matanza de Badajoz de 1936 al llegar a la universidad, pese a haber vivido toda su infancia y adolescencia en esta ciudad (Rosa, en Bonvalot y Rebreyend, 2019: 269-270); algo similar expresó Jordi Soler en una conferencia en Madrid a principio de los años 2000:

Fue en la Universidad Complutense de Madrid, después de una charla que di a estudiantes de un master de periodismo; a la hora de las preguntas un joven quiso saber porque me llamaba Jordi Soler, un nombre catalán, y hablaba con acento mexicano. Le expliqué que venía de una familia que había perdido la guerra y se había tenido que ir de España, y mientras lo explicaba me di cuenta de que la mayoría ignoraba esa historia que, por cierto, compartieron medio millón de españoles. Aquello me produjo un enorme desconcierto, me ofendió que España ignorara olímpicamente a toda esa gente que había tenido que irse al exilio, gente a la que perder la guerra le había destruido la vida (2015).

Resulta contradictorio cuando nos fijamos en el número de libros publicados sobre la Guerra Civil (ensayos, novelas, memorias, híbridos, ficciones), archivos, películas, series o exposiciones..., ya que la guerra de España parece haber suscitado más obras que la segunda guerra mundial. Para entender esta *bulimia*, es imprescindible observar el campo de las investigaciones en Historia contemporánea y tener en cuenta la dificultad para cualquier historiador de escapar a la lógica de los dos bandos. La del franquismo, poco dada a facilitar el acceso a los archivos y documentos todavía no estudiados, y la despezada memoria de los republicanos. Una situación compleja que no ayuda a borrar la retórica de los dos bloques de la guerra y dificulta la construcción de una memoria compartida.

La aportación de historiadores extranjeros como Gerald Brenan, Raymond Carr, Hugh Thomas, Paul Preston, Ian Gibson, Catherine Davies, Bartolomé Bennassar o exiliados como Manuel Tuñón de Lara, por citar algunos, fue determinante en este campo, frente al monopolio franquista o la memoria desterrada y fragmentada de la resistencia interior y de los exiliados. También se ha vuelto imprescindible, desde el final del siglo XX y los inicios del XXI, el trabajo de memoria, autoficción o ficción en el campo de la literatura realizado por las diferentes generaciones de los herederos de la memoria. Esta preocupación que se refleja en la obra de Almudena Grandes la encontramos en la generación nacida en la democracia, como lo ilustra esta confesión de Isaac Rosa, nacido en 1974:

En mi caso, el cambio decisivo de mi escritura fue el relevo generacional que se produjo con la llegada da la edad adulta de la primera generación nacida en democracia, y la sacudida que supuso en materia de políticas de memoria y de revisión del pasado reciente. En el cambio de siglo, quienes nacimos en los setenta nos incorporábamos activamente a la vida pública y nuestra mirada a la transición y al franquismo traía la superación de miedos y complejos de la generación anterior, la de nuestros padres que vivieron la transición, y la de nuestros abuelos, que aún tenían recuerdos de la guerra y del primer franquismo (2019: 269).

### **Ochenta años más tarde, una pasión intacta**

La escritura de la historia española queda profundamente condicionada por las políticas de memoria o, mejor dicho, por su ausencia. Y, como vimos, tiene que ver con la transición y las instituciones que nacieron de ella. La Constitución de 1978 se basa en un relato hegemónico de la República elaborado en los años 70 y consentido por los diferentes partidos (AP/PSOE/PCF/UCD/Monárquicos) para preservar el ruedo político del fantasma de la guerra o de la violencia presente. Nadie puede silenciar los atentados, muertos, raptos o amenazas que se padeció tanto de la extrema derecha con los asesinatos de Atocha, como de los del GRAPO, del FRAP o los de ETA, a los que se tienen que añadir intentos de *putschistas* del Ejército a lo largo de los años 70-80. Sin embargo, se enarboló una transición «pacífica» exitosa frente al horror y el fracaso que significó la Guerra Civil. La transición tenía que encarnar el mito de la reconciliación frente al mito de las dos Españas. A la guerra de bandos le corresponde la transición imparcial, como solía decir Vázquez Montalbán en las páginas de *Triunfo*. Pero hoy, este relato de la transición, digno de un cuento de hadas con final feliz, se quebró, cumplió con su papel de fábula un tiempo, sin duda necesario para restablecer las condiciones de un ejercicio democrático, pero ya no vale, en cierta forma ha caducado.

Este relato puede verse como un éxito pragmático, porque permitió pasar de una dictadura a una democracia sin demasiadas dificultades, en un contexto socioeconómico e internacional de crisis económica, pero también se puede ver como el origen de problemas actuales, incluso como pretextos. En efecto, el metarrelato de la transición es cuestionado por el movimiento de la memoria, como se puede ver en *La memoria insumisa* (1999) de Nicolas Sartorius y Javier Alfaya, en *Memoria de la guerra civil: los mitos de la tribu* (1999) del historiador Alberto Reig Tapia o también en la postura de novelistas como, por ejemplo, Isaac Rosa:

Hoy el cuestionamiento de la transición es un lugar común, aunque siga teniendo sus defensores. Ya no genera consenso automático. Disparar contra la transición es ya un deporte, y como tal inofensivo, pues la «verdadera batalla del relato» no está ya en la transición, sino en la misma democracia hasta nuestros días (2019: 272).

La generación de los biznietos se une a la generación de los nietos que empezaban a cuestionar el relato oficial y a unirse con las reivindicaciones que acompañan el movimiento civil que reclama la verdad, la justicia y el derecho a la memoria para las víctimas del franquismo. Lo que empezó por un cuestionamiento político y cultural del relato de la guerra y de la dictadura instaurado en la transición se ha vuelto un cuestionamiento del propio relato de la transición y la democracia misma. Este debate es prueba clara de que hay que seguir estudiando las fuentes y recursos epistemológicos para alcanzar la legitimación social o un relato común y compartido para asentar la democracia en un solar común sólido. En efecto, hasta ahora ni la historiografía actual, ni el mito de la transición, ni el metarrelato de la Guerra Civil cumplen con lo que espera la sociedad, o lo hacen de manera fragmentaria e imperfecta.

El movimiento de la reivindicación de la memoria, nacido a finales de los 90 desde asociaciones civiles, se amplió y se reforzó a lo largo de estos casi cuarenta años, al llevar el debate a la escena política, como vimos con el juez Baltasar Garzón, en las medidas tomadas por José Luis Rodríguez Zapatero (y la llamada Ley de Memoria Histórica)<sup>2</sup>, IU, Podemos o ahora Pedro Sánchez, primer jefe de gobierno en rendir un homenaje a Azaña y a los republicanos en Argelès en octubre de 2019; todo ello marca un nuevo hito en la historia de España. Estas posturas y compromisos rompen con el mito consensual impuesto por las circunstancias y con el relato nacional forjado por el franquismo en el ámbito educativo.

---

<sup>2</sup> Ley por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la dictadura.

El silencio en las aulas, al igual que la herencia truncada, llevan a las nuevas generaciones a cuestionarse, pedir cuentas y justicia, como recuerda Isaac Rosa: «se materializó en un cuestionamiento de la manera en que España había gestionado su pasado, la carencia de políticas de memoria democrática y la falta de reparación a las víctimas de la dictadura» (2019: 269).

Conviene recordar que el contexto del final del siglo XX, con la llegada al poder de la derecha con Aznar, en 1996, después de 14 años de gobierno del PSOE, quedó marcado por autores como Pío Moa, que inicia una revisión de la historia de la guerra que complace al PP. El autor no esconde su simpatía hacia el franquismo y, en el concierto de las memorias, se invita y ofrece a los lectores un relato que puede seducir, al mezclar elementos conocidos o transmitidos en la escuela franquista, tradiciones nostálgicas y datos sacados de estudios reconocidos científicamente. Su estrategia es legitimar falsificaciones que indignan a cualquier historiador serio y respetable, al que Pío Moa suele presentar como mistificador pagado por la izquierda. Pretende acabar con los tabúes. El problema es que sus trabajos se publican en un momento delicado para el PSOE, cuando se desvelan los escándalos de corrupción o el caso GAL. El autor se cuida de no pasar los límites morales fijados por la transición. Se presenta como moderado, mientras que se impone como la caución histórica de la reconstrucción del PP, un partido que va de la ultraderecha al centro derecha. Moa legitima el discurso de la derecha, desacredita a la izquierda o el PSOE y sobre todo enreda todo sin dejar rastro.

Felipe González había seguido el camino de la transición y dado la espalda a la guerra. Solo volvió a ser motivo de campaña cuando perdió contra el PP (1996). Al llegar al poder, José Luis Rodríguez Zapatero (2004-2011) reabre una brecha con la Ley de Memoria Histórica (2007), que se vuelve objeto de debates y críticas. Sin embargo, revela ya un verdadero cambio de paradigmas. En efecto, Zapatero ve en la Segunda República un modelo de progreso y de espíritu democrático y, durante sus dos mandatos, aparece una línea clara entre unas fuerzas de derecha e izquierda que apostarían por la violencia y la mayoría silenciosa, en busca de paz y consenso, que resultaría víctima de los extremos. Nos propone una nueva versión de las dos Españas.

Durante estos años se publican trabajos como los de Ángel Viñas, que se dedican a la República y a la guerra y rectifican ciertos hechos frente a las versiones profundamente ideológicas publicadas hasta la fecha en España: *La soledad de la República: el abandono de la democracia y el viraje hacia la Unión Soviética* (2006); *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937* (2007); *El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin* (2010). En 2006, el historiador Rafael Cruz aborda estos episodios

en su libro *En nombre del pueblo*, donde pone en perspectiva los acontecimientos históricos españoles con los de sus vecinos y vincula los actos de violencia con las ideologías que los sostienen, una manera de combatir el supuesto *fatum* español del *cainismo*.

Los herederos de la memoria ya no aceptan el pacto del olvido plasmado en el lema «amnesia contra amnistía». Perciben la urgencia. Antes de que hayan desaparecido todos los testigos, piden conservar la memoria, despertar todas las voces olvidadas, devolver la dignidad. Como subrayan Jesús Izquierdo Martín y Pablo Sánchez León en *1936 y nosotros: la guerra que nos han contado* (2017), la principal fuente del relato de la guerra y del franquismo es y sigue siendo la familia. Cada uno cuenta la experiencia vivida, transmitida o escuchada. El relato es, por lo tanto y ante de todo, una memoria familiar, una narración, más testimonio que análisis, y la mayor parte del tiempo contado o escrito en primera persona, lo que llamaremos la posmemoria tal como la define Marianne Hirsch en su reflexión sobre los campos de exterminio:

Le terme de post-mémoire décrit la relation que la «génération d'après» entretient avec le trauma culturel, collectif et personnel vécu par ceux qui l'ont précédée, il concerne ainsi des expériences dont cette génération d'après ne se «souvient» que par le biais d'histoires, d'images et de comportements parmi lesquels elle a grandi. Mais ces expériences lui ont été transmises de façon si profonde et affective qu'elles semblent constituer sa propre mémoire. Le rapport de la post-mémoire avec le passé est en vérité assuré par la médiation non pas de souvenirs, mais de projections, de créations et d'investissements imaginatifs. Grandir avec l'héritage d'écrasantes mémoires, être dominé par des récits qui ont précédé sa propre naissance ou sa propre conscience, fait courir le risque que les histoires de sa propre vie soient elles-mêmes déplacées, voire évacuées, par nos ascendants. C'est être formé, bien qu'indirectement, par des fragments traumatiques d'événements qui défient encore la reconstruction narrative et excèdent la compréhension. Ces événements sont survenus dans le passé, mais leurs effets continuent dans le présent. C'est là la structure de la post-mémoire et le processus propre à sa génération (2014: 205-206)<sup>3</sup>.

Esta memoria se compone de historias paralelas con sus propios valores individuales, frente a un metarrelato que no dejaba ver más que sujetos colectivos, con un compromiso

---

<sup>3</sup> «El término posmemoria describe la relación que “la generación del después” tiene con el trauma cultural, colectivo y personal vivido por quienes la precedieron, tiene que ver también con las experiencias que esta generación siguiente no recuerda sino por las historias, imágenes y comportamientos entre los que creció. Pero estas experiencias le fueron transmitidas de manera tan profunda y afectiva que parecen constituir su propia memoria. La relación de la posmemoria con el pasado está en realidad asegurada no por la mediación de los recuerdos sino por las proyecciones, creaciones e inversiones imaginativas. Crecer con la herencia de aplastantes memorias, ser dominado por los relatos que precedieron su propio nacimiento o su propia conciencia, nos arriesga a que las historias de nuestra propia vida sean desplazadas o evacuadas por nuestros antepasados. Es estar formado, aunque indirectamente, por fragmentos traumáticos de acontecimientos que todavía desafían la reconstrucción narrativa y exceden la comprensión. Estos acontecimientos tuvieron lugar en el pasado, pero sus efectos persisten en el presente. Aquí está la estructura de la posmemoria y el proceso inherente a su generación» (traducción al español de la autora).

ideológico fijo, poblado de grandes figuras cuya evocación no cuaja, ni aclara las peripecias de los padres o abuelos. Si había algunas coincidencias entre la desdicha familiar y la nacional, en los detalles se volvían mucho más complicados. Para los que venían de una familia de militantes antifranquistas, existían relatos alternativos, como podemos ver en las memorias anarquistas o memorias de mujeres (Dones del 36), por ejemplo, pero estas no suelen aparecer o aparecen de manera marginal en el paisaje político de hoy.

Además, esta historia familiar se enfrenta al discurso público sobre el pasado desconocido. La transmisión en las aulas eludió los conflictos —¿cuánto tiempo se tardó en utilizar la palabra dictador para Franco?— y se redujo al mínimo el estudio de los acontecimientos desde la Segunda República a la vuelta de la democracia para ensalzar la transición modélica. Si añadimos que la competencia de los programas de historia en el colegio y la ESO es de las comunidades autónomas, no cabe duda de que se vuelve ilusorio hablar de un relato nacional compartido. Sin embargo, como hemos visto, lo aprendido en las aulas no cuaja con la historia familiar, lo que acentúa el trauma, el sentimiento de frustración, de injusticia y de permanencia de una memoria franquista vencedora.

Bajo el franquismo, la docencia de la historia se dedicaba a la formación del espíritu nacional y quedaba centrada en la cruzada. Se fundaba la legitimidad del régimen franquista en su victoria del 1939. En los años de la transición, los meses de gobierno del Frente Popular fueron utilizados como sinónimos de desorden y se les atribuyó la culpa a los pistoleros de ambos bandos, sin estudiar ni indagar las circunstancias. Y la enseñanza de la historia de la guerra, del colegio al COU, se reduce a lo mínimo, lo que quiere decir que los que hoy tienen entre 35 y 55 años no tuvieron ninguna verdadera formación sobre este pasado. La ausencia de capítulos enteros no permite el trabajo de reflexión y de formación del ciudadano y tampoco puede integrar este pasado en una identidad política.

Los medios de comunicación tampoco favorecieron esta formación: la propaganda bajo Franco y la herramienta de sacralización de la transición después. La herencia de la guerra y del franquismo es, por lo tanto, una mezcla heteróclita de historias familiares o de secretos, anécdotas, el qué dirán, en las que la emoción, el sentir y el dolor oscurecen en la mayoría de los casos una reflexión, una comparación o un análisis mínimamente científico. Como subraya Paloma Aguilar:

Existen memorias individuales (las de los testigos o participantes en los hechos), memorias institucionales u oficiales (las impulsadas mediante políticas de la memoria, que pueden llegar a ser dominantes y tienden a ocupar un lugar privilegiado en el ámbito público) y memorias colectivas o sociales (en las que los miembros de un determinado grupo van construyendo relatos comunes sobre el pasado, partiendo

del intercambio entre las memorias individuales y de la información acumulada sobre el hecho en cuestión (2008: 63-64).

Esta Historia mutilada, callada, ha dado vida a una multitud de historias. Y a través de testimonios, fotografías, recortes de prensa, viejos cuadernos de los muertos o desaparecidos milicianos, prisioneros, o simples seres humanos en la tormenta de la historia, sus herederos (autodidactas, universitarios, escritores, cineastas...) van a intentar reconstruir un pasado, restituir los hilos de una genealogía, las almas de una comarca, de un pueblo. Una tarea ardua que lleva a enfrentarse con los conflictos de memorias de una comunidad desgarrada. Además, en esta selva de memorias, unos agitan al ritmo de las elecciones, el viejo fantasma del *cainismo*, y en estas condiciones resulta a veces difícil edificar algo común, por no hablar de una memoria de ámbito nacional.

### **La escritura como refugio de la memoria**

Si el historiador tiene que contar la verdad, aunque a menudo parezca mentira, la literatura es campo de lo verosímil. La creación, sea cual sea su género, es un arte íntimamente vinculado al contexto, y en el caso de la escritura podemos decir que el compromiso con la realidad está implícito, porque escribir es mirar el mundo y transmitir esta mirada. E incluso la sensibilidad del creador le permite anticipar los movimientos de una sociedad —lo hemos visto con la Primavera del Jazmín y lo vemos con la novela de la memoria—. Antes de que la sociedad lo tenga presente, el arte puede dar cuerpo al trauma, dar palabras a lo callado. Y por ser ficción nos permite distanciarnos de una realidad hiriente, representarla o (re)presentarla a sus herederos, en un espacio que conjuga la verosimilitud y la intimidad. La ficción da a la Historia una dimensión humana, por la elección de antemano de la subjetividad. El *yo*, el *tú*, que son íntimos, devuelven la palabra a los que ya no son ni están. La ficción nos ayuda a percibir, más allá de los hechos y cifras, a mujeres y hombres llevados por una espiral de violencias, da la palabra a los que no la tuvieron, a los vencidos, a los olvidados, a *La voz dormida* (2002), como escribió Dulce Chacón. Crea este universo simbólico en el que la memoria, la emoción, el recuerdo, pueden reconstruir un relato, una historia, un testimonio, de lo que pudo ser. Puede dar voces y cuerpos, traducir la condición humana en medio de un conflicto o del exilio. Como la memoria que nace de la interpretación de un recuerdo, la novela se alimenta de los sentires, de lo experimentado, da vida a personajes probables, reales o ficticios sobre el telón de fondo de la Historia. Y se vuelve otra forma de transmisión de la

pesada herencia de generaciones heridas. En este año, cuando celebramos el centenario de Pérez Galdós, cabe señalar la referencia que constituye el escritor canario a la hora de contar la historia a un amplio público, alejado de los círculos universitarios, ansioso de saber cómo pudo ser, cómo pudieron vivir, de amar a los muertos que dejaron en blanco esas páginas de la historia, por la muerte, por el silencio, por la mordaza, por el terror o la amnesia.

### La novela como lugar de memoria

Para pasar página a los capítulos sangrientos de la historia de una comunidad, hay que poder leerlos, y para leerlos queda todavía mucho por escribir, dejar constancia en un relato en que las voces de todos o, por lo menos, de una amplia mayoría, se puedan reflejar y construir una Historia plural y común.

Si tuviéramos que buscar precursores a esta literatura, tendríamos que citar a Juan Marsé, que, con *Si te dicen que caí*, publicado en 1973 en México, recupera el territorio de su infancia en Barcelona, en la posguerra de hambre y odio. Prosigue su reflexión sobre su pasado con *Un día volveré* (1982) o *Ronda del Guinardó* (1984), confesando que guarda siempre «un dedo en el gatillo de la memoria» (1982: 287). Sus novelas retratan un barrio popular de Barcelona, sus primeras experiencias de vida y aprendizaje bajo el primer franquismo. Denuncia la ausencia de valores morales, la miseria, la ausencia de educación. La derrota de los ideales y las vidas quebradas son también temas de reflexión en *El pianista* (1985) de Manuel Vázquez Montalbán, que pone en perspectiva dos destinos: el pianista que rechazó el compromiso y el que hizo carrera, y cuestiona a su lector sobre el significado de la palabra «vencedor».

Julio Llamazares evoca en *Luna de lobos* (1985) la suerte de los maquis cuando el franquismo los transforma en animales salvajes, deshumanizados por su barbarie; a ello se añaden obras de Antonio Muñoz Molina como *Beatus Ille* (1989), que toma la forma de una investigación llevada por un doctorando sobre la muerte de un poeta por los franquistas, transpuesta en un lugar imaginario: Mágina.

Rafael Chirbes con *La buena letra* (1992), *La larga marcha* (1996) o *La caída de Madrid* (2000) pone en tela de juicio la ausencia de transmisión a las generaciones siguientes de lo que significó la guerra, el franquismo, e indaga en la traición de los ideales por las generaciones de los hijos y de los nietos. Cuestiona una transición que, por su consenso, permitió la permanencia de los valores franquistas en la sociedad.

Sin duda, la vuelta del PP al poder acentuó el *boom* de la novela de la memoria, y con *El lápiz del carpintero* (1999) Manuel Rivas vuelve a la represión del primer franquismo. Por medio de un lápiz que pasa de un carpintero prisionero a un pintor asesinado y luego a su verdugo asesino, Rivas nos invita al recorrido de la memoria de la represión franquista, donde se mezclan la ficción con episodios de una historia real, la del encuentro y boda de Chonchiña y del Doctor Comesaña, que toman los rasgos de Marisa Mallo y del doctor Da Barca en la novela; una ficción que el lápiz dibuja sobre el paisaje de la Galicia de la posguerra y se enraíza en episodios reales; magnífica metáfora de la escritura del pasado, un lápiz de carpintero que fija en las páginas en blanco de la historia un relato posible, probable.

No debemos olvidar a los herederos del exilio, tal como hemos visto con Jordi Soler, escritor mexicano de origen catalán, que vuelve a las fuentes familiares con *Los rojos de ultramar* (2004), primer tomo de su trilogía *La guerra perdida*<sup>4</sup>, verdadera investigación a partir de los cuadernos de su abuelo sobre los orígenes y destino de su familia, marcada por el exilio del abuelo anarquista en un pueblo de Veracruz.

Ver aquí más que una estrategia editorial parece erróneo. Si no se puede negar una verdadera demanda y un interés editorial, tampoco se puede negar que el cuestionamiento sobre la transición y el pasado silenciado son una verdadera materia de muchos novelistas herederos de la guerra o del franquismo. El final del consenso, el rechazo del «todos somos culpables», crecen en la sociedad, y se reflejan en las novelas o ensayos. Se ha convertido en un verdadero tema literario. Los textos del nuevo milenio siguen el camino iniciado por Juan Marsé o los hermanos Goytisolo. Sus autores se llaman Julio Llamazares, Manuel Rivas, Dulce Chacón, Carme Riera, Luis Mateo Díez, Manuel Longares, Jesús Ferrero, Almudena Grandes, Benjamín Prado, Isaac Rosa... y tantos más que siguen estos pasos. Se trata de construir un universo ficcional, literario y que, por serlo, no deja de ser el de la rehabilitación histórica y un cuestionamiento sobre su herencia.

Estos escritores abandonan los grandes héroes y las grandes hazañas para acercarse a un relato más personal, más íntimo. Quizás descubrieron que el heroísmo en el primer franquismo consistía en sobrevivir, amar, tener hijos. Seguir vivo como primer acto de resistencia. Más allá de la búsqueda de cualquier heroicidad, se trata de devolver vida, existencia y dignidad a los que desaparecieron de los relatos oficiales. Estos novelistas beben en las fuentes del realismo o, en el caso de Almudena Grandes, renuevan unos modelos literarios del siglo

---

<sup>4</sup> Se compone de *Los rojos de ultramar* (2004), *La última hora del último día* (2007) y *La fiesta del oso* (2009).

XIX, como Pérez Galdós y sus *Episodios nacionales*, Max Aub y su *Laberinto mágico*, o con el legado de los poetas y novelistas del exilio, pero con su propio lenguaje, una herencia recobrada que reivindica el legado de las generaciones quebradas por el conflicto y la dictadura, como confiesa Isaac Rosa:

Recuerdo algo que me dijo Ferres cuando publiqué *El vano ayer*, y que es el mayor elogio que me han dicho: Ferres veía mi novela como un hijo imposible del realismo social, el tipo de novela que habrían acabado escribiendo los de su grupo si les hubiesen dejado seguir escribiendo, y por tanto evolucionar (2019: 276).

En el espacio de este artículo hemos tenido que limitarnos a citar a algunos de los novelistas que, en su escritura, supieron dar vida a seres y tiempos que se alejan, pese a que siguen muy presentes. La transición, mito fundador de la actual democracia, reveló sus límites. La ausencia de comisiones de la verdad, la falta de juicios y de rehabilitaciones, las reducidas esperanzas de construir un relato compartido, contribuyen a dar una sensación de fragilidad a la democracia, como si se hubiera construido sobre un terreno minado de galerías tapadas, un solar inestable que pone en peligro toda la construcción.

Sin embargo, y para terminar con una pizca de optimismo, ya sabemos que no podemos recuperar las vidas segadas, pero sí devolverles dignidad y existencia, dar identidad a los desaparecidos. Es la magnífica tarea a la que se dedicaron y se dedican los herederos de la memoria, estas generaciones de la posmemoria: a recobrar una herencia, reanudar los hilos cortados por la violencia de la guerra, el exilio y la dictadura, escribir las páginas en blanco y preparar el futuro. Quizás lo primordial de cualquier herencia son las fuerzas que nos lega para construir el porvenir; como recordaba Isaac Rosa, lo más importante es la democracia y cómo con este pasado se puede dar cuerpo a un relato compartido.

Según un principio psicoanalítico, cada generación tiende a distanciarse de la anterior, la de los padres, para vincularse simbólicamente con la precedente, la de los abuelos, pero en España los nietos no tuvieron opción para intentar saber quiénes son y en qué sociedad viven. No se puede borrar el pasado, sino conocerlo, estudiarlo sin olvidar el contexto, para que la memoria no se vuelva un veneno sino remedio y vacuna. En la España de 2020, cuando un político de Vox se permite cuestionar el asesinato de las Trece Rosas y un alcalde del PP quita las placas de los fusilados en el cementerio y defiende la «resignificación» del memorial de las víctimas de la Guerra Civil y del franquismo con la prohibición de la utilización de versos de Miguel Hernández, queda evidenciado que, para los historiadores y los novelistas, la Historia y la memoria no han dejado de ser una tarea imprescindible para devolver la dignidad a un país herido.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma (2008): *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva*, Madrid, Alianza.
- BABY, Sophie (2012): *Le mythe de la transition pacifique*, Madrid, Casa de Velázquez.
- BARTHES, Roland (1957): *Les mythologies*, Paris, Seuil.
- BONVALOT, Anne-Laure y Anne-Laure Rebreyend (2019): «¿Literaturas en transición? Entrevista con Mercedes Cebrián, Belén Gopegui, Pablo Martín Sánchez e Isaac Rosa», en Anne-Laure Bonvalot, Anne-Laure Rebreyend y Philippe Roussin (dirs.), *Escribir la democracia: literatura y transiciones democráticas*, Madrid, Casa de Velázquez. Disponible en línea: [<https://books.openedition.org/cvz/8781>] (25/02/2020).
- CHACÓN, Dulce (2002): *La voz dormida*, Barcelona, Alfaguara.
- CHIRBES, Rafael (1992): *La buena letra*, Barcelona, Anagrama.
- (1996): *La larga marcha*, Barcelona, Anagrama.
- (2000): *La caída de Madrid*, Barcelona, Anagrama.
- CRUZ, Rafael (2006): *En nombre del pueblo*, Madrid, Siglo XXI.
- DOI: [<https://doi.org/10.4000/temoigner.1274>].
- GODICHEAU, François (2013): «Rendre étrange le passé récent: la discipline historique dans la tourmente mémorielle espagnole», *Essais: revue interdisciplinaire d'Humanités*, École doctorale Montaigne – Humanités/Presses universitaires de Bordeaux, *L'étrangement: Retour sur un thème de Carlo Ginzburg*, pp. 129-145.
- (2015): «La guerre civile espagnole, enjeux historiographiques et patrimoine politique», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 127, 2015-3, pp. 59-75.
- GRANDES, Almudena (s/f): *Por una falda de plátano: un viaje literario*, Barcelona, Tusquets.
- HIRSCH, Marianne (2014): «Postmémoire», *Témoigner. Entre histoire et mémoire*, 118, pp. 205-206. Disponible en línea: [<http://journals.openedition.org/temoigner/1274>] (02/03/2020).
- IZQUIERDO MARTÍN, Jesús y Pablo Sánchez León (2017): *La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI*, Madrid, Postmetropolis Editorial.
- LLAMAZARES, Julio (1985): *Luna de lobos*, Barcelona, Seix Barral.
- MARSÉ, Juan (1973): *Si dicen que caí*, México, Novaro.
- (1982): *Un día volveré*, Barcelona, Plaza y Janés.
- (1984): *La ronda del Guinardó*, Barcelona, Plaza y Janés.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio (1989): *Beatus Ille*, Barcelona, Seix Barral.
- PÉREZ SERRANO, Julio (2004): «Experiencia histórica y construcción social de las memorias. La Transición española a la Democracia», *Pasado y memoria*, 3, pp. 62-63.
- RÁBAGO, Andrés (El Roto): *El País*, 24 de abril de 2010.

- REIG TAPIA, Alberto (2000): *Memoria de la guerra civil: los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza.
- RICOEUR, Paul (2000): *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris, Seuil.
- RIVAS, Manuel (1999): *El lápiz del carpintero*, Barcelona, Alfaguara.
- ROSA, Isaac (2004): *El vano ayer*, Barcelona, Seix Barral.
- SARTORIUS, Nicolás y Javier Alfaya (1999): *La memoria insumisa*, Madrid, Espasa-Calpe.
- SOLER, Jordi (2012): *La guerra perdida*, Barcelona, Alfaguara.
- (19/1/2015): Entrevista de Alfredo Campos Villeda, «En busca de la novela perfecta con voz propia», México, *Milenio*.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (1985): *El pianista*, Barcelona, Seix Barral.